

tarse en ella con mucha satisfacción para Guipúzcoa, respondiéndole que se la daba de buena gana y así lo hiciese, y después, vuelto a él, le dijo que no había pensado que en Guipúzcoa hubiese letras, sino armas, y a esto le respondió Garibay que él era el mínimo de ellas en ellas.

Tanto el Duque, como el superior de los Jerónimos y nuestro escritor toledano, expresaron a Garibay su amor a Guipúzcoa en elocuentes pensamientos y por escrito que el cronista presentó en la Junta general que en noviembre del mismo año se celebró en la villa de Mondragón, como justificantes de un viaje que la provincia le agradeció, y el cual agradecimiento expresó delicadamente Guipúzcoa en cartas que Garibay personalmente llevó al año siguiente de 1560 al Duque, al General y a Pedro de Alcocer.

Estos datos contribuyen a aclarar la personalidad de este estimable historiador toledano.

V. G. R.

Santa Teresa de Jesús y Esteban de Garibay.

También este grande investigador de las antigüedades patrias, visitó y conversó con la famosa mística y doctora, Santa Teresa de Jesús.

Era el año de 1575; el licenciado Miguel Ruiz de Otalara, vascongado y del Consejo de Indias, vino a esta Imperial Ciudad a tener aquí la Semana Santa y la Pascua de la Resurrección, juntamente con el licenciado Pedro Fernández de Treviño, Canónigo de Toledo y del Consejo de la Inquisición. Ambos pasaron en las casas arzobispales con el Doctor Villafañe, del Consejo Real y Gobernador en el Arzobispado, por muerte del Arzobispo Fray Bartolomé Carranza de Miranda.

El referido Otalara fué a ver la Semana Santa al Monasterio de la Sista y tornando allí segunda vez en 9 de abril, «fuimos convidados—refiere Garibay—, del P. Prior Fray Diego de Yepes, religioso de mucha prudencia y letras; y comiendo en la hospedería, como se ofreciese haberse de tratar de su muy devota la Santa Theresa de Jesús de Avila, natural de la misma ciudad, fundadora de los monasterios de los religiosos descalzos y descalzas de su orden del Carmen, pedí al P. Prior un billete, para mediante él visitar a tan gran sierva de Dios; y porque a la despedida se me olvidó de pedírsele, el día siguiente se le envié a pedir con

un criado, y me lo envié, y con él la hablé en Toledo en su casa de las Descalzas al torno de las carretas, que después se trasladó a la parrochia de Saneta Leocadia, y me consolé mucho con ella esta vez y en otra, y ella se alegró de haberla yo visitado. Después dió ella su saneta ánima a Dios en Alva de Thormes en 3 de Octubre del año de 1582.»

Garibay casó en esta Ciudad, vivió en ella grandes temporadas por espacio de varios años y aquí también acabó su vida. Por tanto, presenta extraordinaria animación e interés, cuanto a la vida de este historiador en Toledo se refiere, y sin perjuicio de consagrar dentro de poco, una sucinta relación de su estancia aquí, aclarándola con originales antecedentes, me limito hoy, a dar estas eruditas y curiosas notas.

V. G. R.

Incendio en Zocodover, ocurrido el año 1589.

El Doctor Francisco de Pisa (Historia de Toledo, 1605, folio 30 v.), nos dice hablando de la plaza de Zocodover: «Las casas alrededor de la plaza se han renovado y mejorado de nueva y más curiosa labor con sus balcones de hierro para ver los juegos o espectáculos desde el año pasado de 1592». De entonces datan la actual estructura de la plaza y sus antiguos soportales. Tuvo que edificarse de nuevo en esa fecha porque un horroroso incendio ocurrido el 11 de octubre de 1589 la destruyó casi totalmente. Pisa no alude para nada a este lamentable suceso; su conocimiento le debemos—cosa extraña parece—a un escritor de aquel tiempo que vivía a muchas leguas de distancia de la Ciudad Imperial.

Matías Escudero, natural y vecino de Almonacid de Zorita, escribió un libro titulado *Relación de casos notables* que se conserva inédito (Bib. proval. de Toledo, Ms. 23). En una curiosa colección de efemérides relativa la mayor parte a nacimientos y muertes de príncipes, elecciones de Sumos Pontífices, guerras y sucesos ocurridos en la localidad del autor.

La noticia del incendio de Zocodover llegó hasta Almonacid de Zorita y Matías Escudero consideró el suceso digno de ser consignado entre los más memorables de su época. He aquí cómo este escritor nos dejó referido dicho suceso: